

Un viaje hacia la cueva de mi corazón

por Meghan Carballo

En septiembre de 2012 llegué al Áshram de Shree Muktananda desde Argentina, como sevita visitante. Un día, iba en camino a la sala Shri Nilaya para participar en un *satsang* cuando me encontré con Gurumayi. Yo llevaba puesta una playera con una imagen de Ganesh pintada a mano, y Gurumayi lo notó de inmediato. Señalando mi playera, me preguntó dónde la había conseguido.

Le dije que había comprado la playera el año anterior en Kanhangad, en el sur de la India. Gurumayi me preguntó por qué había ido a ese lugar. Le expliqué que después de participar en un **Retiro del Peregrinaje al Corazón** en Gurudev Siddha Peeth, me había sentido atraída hacia Kanhangad para visitar la cueva donde Bade Baba había vivido durante muchos años antes de establecerse en la aldea de Ganéshpuri.

Gurumayi parecía interesada en saber más sobre mi viaje y me pidió que escribiera un recuento para Shakti Punja, los archivos de Siddha Yoga. Añadió que si había tomado fotos debía incluirlas junto con mi descripción.

Honrada por la petición de Gurumayi, me recorrió una ráfaga de emoción ante la idea de visitar mentalmente Kanhangad otra vez, sintiendo como si Gurumayi de algún modo me fuera a acompañar. Acepté con alegría esta tarea de mi Guru.

Esa noche empecé a registrar lo que recordaba de mi viaje. Al volver a mi experiencia en la cueva, me encontré reviviendo momentos de mi recorrido y advirtiendo detalles que en ese momento me habían pasado desapercibidos o simplemente había olvidado.

La cueva donde Bade Baba había vivido y meditado se encuentra a unos cinco kilómetros de Kanhangad, en una región conocida como Guruvan, que significa “el bosque del Guru”. Recordé que salía de un espeso bosque y escalaba una colina rocosa. Volví a experimentar mi emoción al acercarme a la cima cubierta de helechos y llegar a la boca de la cueva.

Estaba reviviendo mi experiencia, pero ahora con mayor conciencia y una percepción más clara. Empezaron a brotar más y más experiencias desde lo profundo de mí, como el arroyo que mana detrás de las piedras cerca de la entrada de la cueva. Me sentí inmensamente agradecida con Gurumayi por el regalo que me había dado con su tarea.

Recordé cómo, sin dudarlo por un instante, había entrado en la cueva iluminando mi camino con una linterna. La cueva estaba oscura y húmeda. Había una enorme piedra plana justo a la entrada. Podía imaginar a Bade Baba recostado allí, en meditación profunda. Luego escuché la voz de Gurumayi dentro de mí, diciendo, *Sigue. Ve más adentro.*

Así que lo hice. Entré a gatas por un túnel angosto que lleva más profundo dentro de la cueva. El suelo estaba frío, y el paso se estrechaba más, pero yo no tenía miedo. Podía sentir la presencia de Gurumayi instándome a seguir adelante. Finalmente, el túnel estrecho se abrió hacia una pequeña cámara. Agradeciendo a Gurumayi por haberme guiado hacia lo que yo sentía que era el corazón de la cueva, me senté a meditar, dejando que la serena y tersa oscuridad que me rodeaba disolviera todos los pensamientos.

Podía sentir la presencia de Bade Baba pulsando en cada célula de mi cuerpo. Me sentía dentro de un capullo de luz dorada y amor. Reposé en esa luz, en ese amor.

Cada día que pasé en el Áshram de Shree Muktananda, mientras cumplía con la petición de Gurumayi de reflexionar y describir mi visita a Kanhangad, antes de abrir mi computadora me visualizaba entrando de nuevo al fondo de esa cueva en el

bosque. Y meditaba allí, por unos momentos. Al hacerlo, sentía como si emprendiera un viaje profundo y sagrado. Así como la voz de Gurumayi me había guiado más lejos, hasta el corazón de esa cueva en Guruvan, ahora tenía la experiencia de que cumplir con su petición de documentar mi visita me estaba conduciendo más profundo dentro de mí, hacia la cueva de mi Corazón. Sentí que había encontrado una fuente de paz, de plenitud y contentamiento: un lugar sagrado al que podía regresar fácilmente y en cualquier momento, un regalo de la gracia del Guru.

Unos días después vi de nuevo a Gurumayi. Esta vez me preguntó cómo me iba con mi relato. Yo exclamé, “¡Wow!” y compartí mi asombro por todo lo que estaba recordando y valorando sobre mi visita a Kanhangad, y cuántas cosas había advertido en aquel momento.

Gurumayi se rio y, con una mirada amorosa, me dijo: “¡Así que eres como Sheik Násruddin!” Más tarde ese mismo día, supe que una historia contada por Gurumayi, “**Sheik Násruddin y su burro**” acababa de ser publicada en el sitio web de Siddha Yoga. Cuando leí la historia, una sonrisa interior iluminó mi ser y mi entendimiento.

En esta historia, Násruddin, un personaje de la tradición sufí llevaba a su viejo burro al mercado para subastarlo.

Sin embargo, cuando escuchó al subastador elogiar al animal ante los compradores potenciales, Násruddin cobró un nuevo aprecio por el animal y terminó comprándolo él mismo.

Me quede impactada por la conexión. Me di cuenta de cómo no fue sino hasta que Gurumayi expresó interés por mi visita a Kanhangad y me pidió que escribiera sobre ello, que empecé a apreciar plenamente todo lo que me había conducido hasta ese lugar asombroso y los tesoros que había experimentado mientras estuve allí.

Ocuparme de la petición de Gurumayi fue el comienzo de un inmenso cambio de perspectiva para mí. Desde entonces me he vuelto mucho más atenta, he desarrollado un aprecio más sutil y profundo por mi vida y mi *sádhana*. Ahora sé que si me conecto con mi Corazón soy capaz de percibir maravillas. Por ejemplo, cuando estaba reuniendo y contemplando las fotografías para la galería que estaba preparando para Shakti Punja, sentí como si me sumergiera en una experiencia sensorial multidimensional: al inhalar los aromas de la naturaleza, al escuchar los variados sonidos de la selva y de las cascadas y al ponerme en sintonía con la Divinidad en todo. En estos días, cada mañana cuando salgo temprano a caminar por la reserva natural cercana, percibo el paisaje como si lo estuviera viendo por primera vez. Siento reverencia y gratitud por recorrer el templo de la naturaleza y conectarme con la presencia de Dios que está allí.

También me he dado cuenta de lo fácil que es quedar atrapada en el ritmo febril de mi vida y olvidar lo bendecida que soy. Reflexionar en mi experiencia en Kanhangad me llevó a comprender que requiero de un autoesfuerzo sutil para detenerme y darme cuenta en verdad de todas las cosas mínimas pero extraordinarias, de mi vida cotidiana: una taza de café caliente, las sonrisas de mis hijos, el sonido de la lluvia al caer, el brillo del sol, el aroma de las galletas con chispas de chocolate que se hornean en mi casa. Si practico examinar las cosas pequeñas que agradezco, ¿podría estar conectada con la gratitud todo el día!

Sobre todo, ahora aprecio más profundamente que nunca, la increíble buena fortuna de tener a Gurumayi guiando mi camino, mientras recorro este bendito sendero de Siddha Yoga. Confío en que seguir la guía de mi Guru me llevará siempre al lugar donde estoy destinada a permanecer: en la luz del Corazón. Y por eso estoy eternamente agradecida.

